

El dolor de Ser fuerte  
Trilogía  
Una Historia  
En Dos  
Cartas



Por ANTONIO M. ABAD

París, 20 febrero.

Mi querido Julio:

Por fin, después de seis meses de silencio, puedo escribirte unas cuantas líneas. ¿Para contarte mis impresiones de viaje por Egipto, Grecia, Turquía, Palestina, las islas del Mediterráneo, Italia y las ciudades de la Costa Azul? ¿Para evocar recuerdos de Alemania, Noruega, Bélgica, Checoslovaquia, Alemania, Rusia, etc.? No, no y no. Tú, que has sido un trotatierras incansable, sabes de esto mejor que yo. ¡No has de saberlo cuando me consta que, por puro sport, te quedaste un invierno entre los japones!

Ese es el secreto de que, a pesar de mi promesa, no te haya escrito en seis meses. ¿Qué le digo yo a ese hombre que él no sepa?—me decía yo, y en la duda, opté por dejar pasar seis meses de silencio.

Pero hoy, refugiado en las postrimerías del invierno en esta caliente suite del *Hotel des Anglais*, me he acordado repentinamente de mi país. Y el primer recuerdo de mi país se ha concretado en tu nombre. Tú, como ya te dije, sabes ya todo esto; el trajín de la gente que va y viene, el ruido de las grandes ciudades, las diferentes costumbres de los diversos países vi-

sitados, sus más bellos panoramas, la suntuosidad de los grandes hoteles y casinos, etc., etc. No necesitas, por tanto, saber nada «de segunda mano». Pero yo, sí. ¿Qué hay de Filipinas? ¿Qué hay de tí?

Los arrepentimientos suelen llegar siempre un poquito tarde. Ahora comprendo que, si te hubiera escrito como yo te prometí, en cada hotel, en las agencias de los grandes trasoceanicos, tus cartas hubieran salido a mi encuentro para hablarme de todo eso querido e inolvidable que he dejado a mis espaldas. En Europa nada se sabe de Filipinas. Es una verdadera casualidad encontrar una noticia en los periódicos que se refiera a Filipinas, y mayor casualidad todavía hallar aquí periódicos filipinos.

Y vuelvo a preguntar: ¿Qué hay de tí? ¿Te has casado ya? Porque recuerdo que, en vísperas de salir de Filipinas, en aquella memorable noche de nuestras confidencias, tú estabas entusiasmado con Consuelito Ferrer. «Es— afirmabas con calor—la mujer que me conviene. Es idealista sin perder, por eso, el sentido de la realidad, efusiva, cordial y entusiasta por todo lo noble y levantado. Es buena sin gazmoñería, noble sin darse cuenta, culta sin ese aire de superioridad y suficiencia que detestamos en cier-

tas mujeres *up-to-date*, dulce sin melosidad y, más que todo, luchadora sin egoísmo, cosa verdaderamente rara en una mujer como ella. Creo —concluías— que es la mujer ideal en que yo soñaba.

¿Y qué? ¿Te has casado con ella? ¿No te ha aceptado? ¿O has vuelto a tener un desengaño más? ¡Cuánto apreciaría unas cuantas líneas tuyas! Ya sabes que todo lo tuyo me interesa. ¿Quieres contestarme?

Tuyo afectísimo,  
RAFAEL.

Manila 31 de Marzo.

Mi querido Rafael:

Al recibir tu carta, mi primera intención fué darte la llamada por respuesta. «Rafael—me decía—es la menor cantidad posible de hombre formal».

Pero no he podido resistir a la tentación de leer tu carta de cabo a rabo. (Ya lo sabes: esta es mi expresión favorita). Y, muy a pesar mío, he tenido que darte la razón. ¿Qué podrías haberme contado que yo no supiera? ¿Dónde has estado en que yo no pasé antes mis ojos escrutadores y espectadores? Tú no has hecho más que pasar por Bombay y Calcutta. Yo recorrí un año las ciudades de la India. Yo he visto más que Shanghai, Hongkong y Cantón. Yo he llegado a los límites del Tibet y he penetrado en la Ciudad Prohibida. Y no hablemos del Japón, de las islas encantadas del Pacífico, ni de ambas Américas.

Pero escucha. ¿Acaso esperabas tú que eso me interesaría más que a tí mismo? Yo deseaba que me escribieras, no lo que has visto, observado o estudiado, sino cómo van tus asuntos durante el tiempo que ruedas por esos mundos. ¿Qué me importa ya el mundo! Pero me importa ese mundo que llevas dentro. Y al leer tu carta he sufrido una pequeña decepción. Tú apenas hablas de tí y, en cambio, quieres saber todo de mí.

¡Oh! Te aseguro que has puesto el dedo en la llaga al recordarme mis entusiasmos por Consuelito Ferrer. ¿Un nuevo desengaño? No lo creas. Es algo que me ha pasado por primera vez, y te lo voy a contar con todos los detalles para que, conociendo «mi historia», puedas juzgarme mejor.

Tú sabes con cuánta sinceridad entregué mi corazón a... la que ya tú conoces. ¿Necesito nombrartela? No. ¿Para qué? Tú sabes también que, gracias a ella, soy ahora como soy. No te rías: el hombre experimenta hondas transformaciones bajo la influencia de una mujer

buena. Te aseguro que yo no era así, es decir, como tú me conoces. Pero ella obró en mí el milagro de convertirme en otro hombre—bueno, como tú dices, aunque yo ignoro qué soy—señalándome, sin proponérselo, una nueva senda. ¡Qué paraíso era la tierra para mí bajo la influencia de aquella mujer! Te aseguro que, desde que la conocí, quedé desterrado de mi corazón ese mal que padecemos los hombres: el aburrimiento. Sólo con pensar en ella el mundo se convertía para mí en un rompiente de luz.

Pero un día... Pero, ¿para qué contarte esta triste historia? Para qué evocar recuerdos que aun sangran? No, no me traicionó. No tengo por qué culparla. Yo era el único y verdadero culpable, La amé con una beatitud semejante a la que sienten los ángeles ante Dios... sin pensar que no era más que una mujer, y que algún día podría amar a otro hombre. La contemplación de sus perfecciones y la promesa —¿en buena o en mala hora hecha?— que encadenaba mi lengua para decirle que la amaba, fueron la causa de su gradual alejamiento. Ya sabes lo demás: mi dolor, el mayor que he sentido en mi vida, al enterarme demasiado tarde de que su corazón ya no podría ser mío, mi negra desesperación, de la que sólo me salvó su mismo recuerdo, porque aun en el dolor quería demostrar que era digno de su cariño...

Ya te lo he dicho más de una vez: Yo soy admirador de Jeremías, pero no soy devoto ni seguidor suyo. No iba a sucumbir, no quería sucumbir con aquel golpe. Dios me sostuvo en los más negros días de mi dolor y pensé, como otros, que un amor así, tronchado de improviso, podía ser curado con otro amor. Y así como la casualidad hizo que yo la conociera, otra casualidad me puso al lado de Consuelito Ferrer.

¿No sabes que el naufrago—y en el océano de los desengaños mucho más—se agarra a la primera tabla que, en el minuto negro de la tragedia, se pone al alcance de sus manos? Por eso, después de la primera crisis, me viste tan entusiasmado con Consuelito Ferrer. Noble, hermosa, culta, de elevadísimos ideales, comprensiva y sincera, nadie mejor que ella para cerrar, con sus dedos de enguante, la herida que en mi corazón «la otra» había abierto... sin querer. (Te repito una y mil veces que no la culpo).

¡Consuelito! Desde que la conocí, mi único norte era ella. ¿La amaba? Lo ignoro. Creo que

**AFIASPIRINA**  
PATENTED PATENTED  
EL MEJOR REMEDIO PARA LOS DOLORES

sí. Sentía al lado de ella lo que los psicólogos llaman *amor de amor*. Guardaba para ella el mismo cariño, mezcla de veneración, que sentimos por el hombre que nos ha salvado de un desastre. Y allá, en los más ocultos entresijos de mi conciencia, sentía que una voz me decía: «¡Ella te salvará!» ¡Oh, qué dulce vida me creaba en mi derredor, en un futuro acaso cercano, con ella a mi lado como una buena hermanita de la caridad restañando las heridas que causaron en mi corazón unos amores desgraciados! Una mujer como Consuelito, amándome con cariño santo y devolviéndome a la vida, ¡qué más quería!

Pero una mañana, al despertarme, surgió de improviso el recuerdo de «la otra». ¿Qué sería

ra te pertenece? Tú te has sentido infeliz cuando te convenciste de que aquella mujer no podría ser tuya jamás, y de pronto encontraste en las densas sombras de tu camino a esa mujer nobilísima, a esa Consuelito que tú crees que podrá, con sus dedos de enguante, curarte de las heridas de un amor desgraciado.

—¿Y qué?—repliqué un poco ofendido—Yo la amaré como ella me amaría. Sabré todavía pulsar mi lira tal que arrancaré de sus cuerdas armonías insospechadas. Llenaré su camino de flores y seré para ella esposo, padre y hermano. Ella será dichosa con mi amor como yo lo seré con el suyo.

—Te engañas—insistió la voz.—Tú amas todavía a «la otra», la quieres demasiado aún.



de ella a aquellas horas? ¿Amaría aún al hombre que escogió? ¿Sería feliz? Y una gran melancolía invadió mi corazón. En todo el día apenas me acordé de Consuelito. Y a la noche, al ir a recogerme, sintiendo aún clavadas en mi corazón las espinas de aquel amor tronchado, una voz sigilosa susurró en mis oídos estas palabras de reconcenación: «¡Qué egoísta eres, Julio!»

—¿Por qué?—pregunté a mí mismo.

—Tú corazón—continuó la voz—no te pertenece todavía, porque aun lo posee «ella». ¡Y ya quieres entregarlo a Consuelito! ¡No adviertes, necio de tí! que el corazón que tú reclamarás a cambio del tuyo será todo tuyo? ¡No adviertes que el que tú le das está destrozado y ni siquiera

La mejor prueba es la prisa con que buscaste una mujer que pueda suplantar en tu corazón el puesto que «la otra» dejó oscuro con su desvío. ¡Qué egoísta eres, Julio! Tú quieres el amor de Consuelito, pero tú—bien lo sabes—no puedes amarla como ella te amaría. Para que pueda ser así, es necesario que le entregues tu corazón todo entero, sin compartirlo jamás con nadie, ¡y tú no puedes hacerlo! ¿Por qué? Porque «la otra» todavía no te es indiferente. Más aún: me atrevo a asegurar que la amas aún, la amas más que a Consuelito.

—¿Por qué dices eso?

—Vamos a hacer una prueba. Suponte tú que «la otra», por cualquier motivo, rompe con el

hombre que ha escogido para compañero de su vida. ¿Qué harías tú?

Hasta aquí el diálogo con la voz. Te confieso francamente que no supe que contestar. Pero allá, en el fondo de mi conciencia, hube de reconocer así: «Es verdad. ¡Qué egoísta soy yo!» ¿Por qué? Porque, dada la suposición, mi corazón, más fuerte que todos mis propósitos, me gritaba: «Tú correrías en seguida a postrarte ante sus pies para pedirle que se apiadase de tí».

Y es verdad. Yo correría en seguida a postrarme ante ella, mendigando un poco de amor. ¡Luego mi corazón no era libre! ¡Luego no podía, en conciencia, entregarlo a Consuelito! ¡Luego yo era, en el fondo, un gran egoísta! Me pasaba lo que a ciertas personas que hipotecan bienes de su propiedad y, sin redimirlos, los venden a otros. Yo estaba, pues, a punto de cometer una estafa moral, entregando a Consuelito un corazón del cual yo no era dueño todavía. ¿Qué egoísta era yo!

¿Qué pretensión era la mía? Buscar la felicidad en el amor de Consuelito. Pero Consuelito, ¿encontraría su felicidad en mi amor? ¿Bastaba para hacerla feliz un corazón destrozado como el mío? ¿No era esto una verdadera estafa entregándole, a cambio de su amor tan puro, el que yo no podría sentir jamás? Buscar quien cicatrizase las heridas abiertas en mi alma por la mano de una mujer, era, en definitiva, buscar únicamente mi propia consolación, ya que no mi felicidad, y esto, en último análisis, era buscarme a mí mismo, o sea, ser un gran egoísta, no importándome la felicidad de los demás. Era como si, a cambio de un diamante legítimo, yo entregara una moneda falsa...

¿Y qué derecho tenía yo de sacrificar la felicidad de una mujer en aras de la mía propia?

No, no y no. Consuelito tiene derecho a la integridad de mi amor, y mientras en mi corazón haya un latido para «la otra», no tengo derecho de ofrecérselo a ella. Sería estafarla, sería serla infiel *ab initio*. ¡Y yo, amigo mío, no quiero ser infiel!

He ahí explicada mi historia. Entré Consuelo y yo no hay más que sincera amistad. No puedo ir más allá. No debo ir. Mi corazón me traicionaría. Mi conciencia me condenaría. Cristo, desde su suplicio, me maldeciría. A Consuelo, tan buena, tan cordial, tan sincera, la quiero como a una hermana. A cambio de su corazón debo darle un corazón todo suyo, íntegramente suyo. Que en él no haya hueco para nadie. Que lo ocupe por entero, tan enteramente que nadie, fuera de ella, pueda reclamar en él ni el más pequeño rincón. Que se limpie antes de todo pensamiento que no fuera el de amarla, y amarla a ella sola.

Entonces—y sólo entonces!—podré a mi vez reclamar el derecho a ser amado enteramente, únicamente, exclusivamente. Entonces tendré derecho a ocupar íntegramente su corazón, reinar en él, como ella reinaría en el mío. Mientras tanto, ¡no! Yo sabré imponerme a la voz del egoísmo, sabré ser grande porque he sabido sufrir en silencio, beberme las lágrimas y estrujar mi corazón. Ser generoso es, para un corazón varonil, sentirse feliz aun en medio del mayor dolor. ¡Y quiero darme la felicidad de ser noble siendo generoso!

¿Comprendes ahora, amigo mío, todo el alcance de la lenta y dolorosa tragedia de mi vida?

Tu afectísimo,

JULIO.